

¡ Esos políticos!

3-1791

("Hispania", Londres, (Inglaterra), 1 noviembre 1913).



¡ ESOS POLÍTICOS. . . . !

QUE una gran parte de los honrados ciudadanos que tienen que ganarse su vida con el trabajo de sus manos o de su cabeza, o que viven de sus rentas, desprecia, si no es que aborrece, a los políticos, es indudable. ¿Quién no ha oído decir con desdén de alguno: "¡ bah! ése es un político de oficio?" Y los políticos, por su parte, se vengan de los que no lo son llamándoles neutros. Y sostienen, acaso con razón, que es un deber de todo ciudadano precisar sus convicciones políticas y obrar públicamente conforme a ellas. Aunque esto no puede implicar forzosamente el que ingresen en una cualquiera de las banderías políticas con enseña y programa registrados.

¿Qué hay en el fondo de ese desdén que hacia los políticos de oficio, los *politicians* de los norte-americanos, muestran tantos ciudadanos, a muchos de los cuales no se les puede acusar, sin manifiesta injusticia, de que se desinteresan de la política? La contestación que al punto se nos asoma a los labios al dirigirnos tal pregunta, es la de que desprecian a los que han hecho de la gobernación de los Estados, de lo que siempre se creyó era una carga de cierta clase en otros respectos privilegiada, un modo de vivir, una especie de oficio de ganapanes. Vivir de la política, no ya hacer fortuna con ella, se estima en general poco decoroso. Pero no explica esto todo ese desdén, ni mucho menos.

Hay más aún, y es que un aventurero de la política, uno que hace carrera en ella, puede despertar todo menos desdén. Se le teme, se le aborrece, se le execra, se le repugna; esto cuando no se le admira, como se admira a no pocos bandoleros y estafadores, cuando muestran alguna genialidad de valentía o de destreza. Pero a ese tal rara vez se le desdeña o desprecia. Y he notado, por otra parte, que se desdeña y menosprecia, y yo mismo he desdeñado y menospreciado a políticos de oficio, o sea de partido, que, lejos de lucrarse con la política, se han arruinado, arruinando a la vez a sus hijos, con ella. Lo que no siempre parece un sacrificio en aras de profundas convicciones o del bien público, sino un efecto de vanidad o de esa terrible y lamentable pasión que arrastra a los hombres al juego de azar.

Esta es la palabra; he aquí *le mot de Venigne*. Para una gran parte de los políticos profesionales, tal vez para la inmensa mayoría, la casi totalidad de los que no van a lucrarse con la política, no es ésta en el fondo más que un deporte. Y al deportista, al *sportsman*, que hace del deporte la única finalidad y razón de ser de su vida, generalmente se lo desprecia. Sobre todo si pretende hacernos creer que su juego, su diversión, es algo serio y hondo. Lo que no se perdona a los políticos profesionales es que pretendan hacernos comulgar con ruedas de molino, empeñándose en que creamos que ellos se dedican a un juego más serio que el *football*, el billar o el tute.

Conocida es aquella trinidad clásicamente popular de



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

REDOS.USAL.ES

los vicios: las mujeres, el vino y el juego. A ella podría añadirse un término más, convirtiéndola en cuaternidad: la política. Porque para los más de los políticos profesionales, la política es una lujuria, una borrachera o un juego. Y no somos tan pocos los que estimamos que es más serio, mucho más serio, el robarnos que no el divertirse con nosotros, mayormente si se pretende hacernos creer que se está buscando nuestro bien.

Para mí, político que no se ha preguntado alguna vez cuál es el fin último del hombre, y en el sentido mismo en que nos lo pregunta el catecismo de la doctrina cristiana, y no ha dado una respuesta a esa pregunta, aunque sea muy otra y hasta contraria a la que dicho catecismo nos da, y no haya basado sus ideas u opiniones políticas sobre tal respuesta — aunque ésta fuese escéptica — el tal político no pasa de ser un *sportsman* de la peor especie. Y en esta categoría entran la inmensa mayoría de los políticos profesionales que conozco, cuando no son caballeros de industria o salteadores de una posición social o de una fortuna. Y en este segundo caso me parecen más execrables tal vez, pero más respetables que en aquel otro, como me parece un bandolero mucho más respetable que un jugador y éste más que un deportista.

¿Y qué es lo que lleva a tantos desgraciados a ese deporte de la política baja, de la política de elecciones, cabildeos, salones de conferencias, conjuraciones, crisis y demás pequeneccs? Pues no es sino vagancia y ociosidad espirituales, superficialidad de espíritu. Es un modo de no trabajar, lo que estricta y recta y cristianamente es trabajo, y hacer como que se trabaja; es horror al verdadero trabajo. Y hasta al trabajo político, al verdadero trabajo político, al verdadero trabajo verdaderamente político.

En España se ha hecho proverbial aquella frase de los buenos aficionados — claro está que al decir aficionados, así, sin más, ha de entenderse aficionadas a los toros — que cuando alguien toma a broma y diversión regocijada una corrida, se vuelven á él diciéndole: “¿pero Vd. qué se cree? ¿que hemos venido aquí á divertirnos?” Y hay, sin duda, no poco que heñir en ese sentimiento que lleva a los aficionados á tomar la corrida de toros como un oficio de solemne culto y con toda gravedad litúrgica. Y el mismo efecto que esos solemnes aficionados tauromáquicos me hacen los aficionados políticos que pretenden que no tomemos a diversión las sesiones del Parlamento o las peripecias de una crisis ministerial.

¿Creéis que cabe respirar mayor vacuidad, mayor superficialidad, mayor ramplonería y más petulancia que las que se respiran en un Salón de Conferencias o en los pasillos del Congreso? Allí, un alma templada a las más graves preocupaciones políticas, de las que surgen de considerar á la política como un medio de conducir al hombre á su destino final — sea el que fuere — siente el mal de la pena intelectual y espiritual; le falta el respiro.





Y en el fondo de esa afición al deporte político, no hay, lo repito, sino aversión al verdadero trabajo, o lo que es el castigo y a la vez, por trágica paradoja de ordenación divina, el consuelo de los que han gustado del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. El pobre mozo que anda cortejando a un primate de la política para que le encasillen como diputado cunero por un distrito cualquiera, podrá alguna vez buscarse con ello una posición social al modo de la que Jerónimo Paturot buscaba, en algún caso sin fortuna — por medio de una dote o sin ella — pero en muchos casos, en muchísimos, no busca sino o huir del trabajo, del verdadero trabajo, o justificar con ese engaño — engaño para sí mismo y engaño para los demás — una vida en el fondo ociosa o inútil.

Cuando se le critica como a un vividor o un hombre sin convicciones al joven que al concluir su carrera examina en cuál de los partidos hay mejor hueco para apuntarse en él, suelo hacer notar que la crítica marra del verdadero blanco. Cuando se va a jugar al *football*, o cosa así, lo mismo da apuntarse entre los rojos que entre los azules, y al ir a echar una partida de ajedrez es indiferente tomar las piezas blancas o las negras. Ahora, lo que hay es que algunos, o por disposición na-

tiva del sensorio o por educación o por lo que fuere, hallan más placer en un color que en otro, y hasta hay colores que les embisten. Mas todo ello es juego.

Son los vagos, son los haraganes, los que principalmente se dedican a la política profesional, como son los vagos, los haraganes, los que se entregan al juego. Y si me decís que la política, lo mismo que el juego, exige constancia y consume energías, os diré que hay quienes pasan por hartos trabajos con tal de huir del trabajo. Es la idiosincrasia del torero, es la del jugador, es la del político profesional. Excluyendo, claro está, los políticos y los jugadores y los toreros que van a hacer fortuna y conservan la sangre fría para no dejarse arrastrar del deporte. Estos, el político y el torero de ventaja, no son, como no lo es el jugador de ventaja, desdeñables.

Y que a nadie le sorprenda ver que juntamos al político profesional o deportista y al torero. La *virtuosidad* del uno y la del otro son la misma. La profesión política al uso corriente no es sino una forma de tauromaquia. Y tampoco es raro ver fraternizar a unos y otros y comer del mismo plato. De seguro que entre los hombres nacidos y criados en España que fueron a aquella simbólica corrida de toros que se *celebró* en Madrid el día en que se supo la rendición de Santiago de Cuba o el desastre de Cavite — no lo recuerdo bien — de seguro que entre aquellos nacidos en España que fueron allá, y no a ahogar sus penas, habría más de un diputado a Cortes. Juego por juego, ¿qué más da?

Además, esa constancia que exige la política, como la que exige el juego, no es sino una forma de la inconstancia. Es hacer el amor al azar por impotencia, para fijar el ánimo en un fin sustancial y hondo, en una labor esencial, y dedicar a ella nuestros esfuerzos, día a día, y oscuramente si fuese preciso.



¡ Eras políticos !

3-179 4



Y ahora quiero repetir que no desprecio la política. Al contrario. El hombre dijo Aristóteles que es un animal político, esto es : social, y debe serlo con entera conciencia de que lo es. Su sociabilidad, su política, debe llevarle a una acción pública, estrictamente política, a tomar parte en la gobernación de la sociedad de que forma también parte. Pero los que hacen esto más seria, más intensamente, no suelen ser los llamados por antonomasia políticos, sino los que entienden y cumplen su propio deber civil, su oficio social, puesta la mira en los fines a que sirve la sociedad humana. No es en los Parlamentos, ni es en los Ministerios, donde se fragua la política de un pueblo, es decir, su cultura. A esos, a los Parlamentos, a los Ministerios y a las oficinas políticas, no administrativas y técnicas, que de ellas dependen, van los ociosos, los deportistas, los de alma de jugador, los que necesitan entretenerse con el juego del azar y el caleidoscopio cinematográfico de las últimas novedades, los que no tienen más constancia que la de la inconstancia. Para ellos sobre todo se escribió aquella sentencia, en otro respecto tan profunda, de Hegel : "No hay estable más que la inestabilidad."

¡ Pasiones políticas ! Sí, no lo niego. ¡ Pasiones de caza, de juego, ráfagas de embriaguez, ardores de prostíbulo ! ; Hay que ver el encendimiento de gallos de pelea que encrespa a unos políticos contra otros ! ; Y las cuestiones de dignidad y de amor propio ! Pasión, sí, pero la pasión del juego.

Una de las más terribles frases de Kierkegaard es la que dice como la cristiandad está jugando al cristianismo. Y si la cristiandad juega al cristianismo, ¿ qué mucho que los políticos estén jugando a la política ?

— No sabe Vd. bien lo que es la pasión política — me decía un viejo profesional de ella ; — hay veces en que le meten a uno en unas elecciones, como candidato ; pero una vez en ellas, interesado el amor propio, se arruinaría uno y arruinaría a sus hijos por no dejarse derrotar !

Le miré con la lástima con que a un jugador incorregible se le mira : con lástima y con desdén. Con desdén, porque en otra ocasión había intentado sondar sus convicciones políticas, de verdadera política, de política fundamental, y pude pronto percatarme, no sólo de que no tenía tales convicciones, sino de que carecía de sentido verdaderamente político, de que no le importaba ningún problema social esencial. Era lo que se llama un hombre de partido, y nada más. Su último fondo



¡ Esos políticos !



espiritual era el escepticismo frío de los políticos profesionales.

Y digo el escepticismo frío, porque hay un escepticismo caliente, y hasta incendiado, hay la pasión de la duda y el furor de la incertidumbre, lo que da una base de seriedad a la vida. Y así, cuando un alma de esas, de pasión y de fuego, penetrada de la trágica y austera gravedad de la vida humana, cae en un cotarro de políticos y entabla duelo con ellos, es como cuando, según decía Schopenhauer, entra en el tablado de la comedia en que se representa, claro que de mentirijillas, la escena del duelo, un caballero que va a batirse de verdad, con lanza de hierro y no de caña.

Bien es verdad que Dios ha dispuesto que estos caballeros de verdad, que pelean y no se limitan a hacer que pelean, estos caballeros de batalla que desprecian los torneos y las fustas, no se descarríen en el campo de la llamada política, verdadera política, en el oficio civil en que la Providencia, por uno u otro medio, los puso. Porque hay médico que curando enfermos, arquitecto que construyendo casas, labrador que cultivando la tierra, hacen más política, más verdadera política, que el *leader* de un partido y gallito del circo parlamentario pronunciando discursos de derribar ministros. Y el primer deber político, esto es, social, es no disfrazar con pomposos disfraces lo que no es sino ociosidad de espíritu. La imaginación se ocupa, pero el espíritu, el espíritu del espíritu, éste permanece ocioso.

Con razón puede decirse que la política al uso no pasa de ser una comedia. Comedia, sí, y comedia de seriedad. Cómicos que fingen dedicarse a cosas graves, a las veces trágicas. Y hasta cuando la política mata al jugador político es su muerte una muerte cómica, aunque a los ojos de otros jugadores parezca trágica.

¡ Triste cosa una vida en que se juega a vivir y se vive en juego !

¡ Esos políticos . . . !

MIGUEL DE UNAMUNO.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

CRÉDITOS USAL ES